

La gran novedad de este sistema consistía en la creación de las escuelas cantonales, abiertas para los aldeanos y para los obreros, para todos aquellos que hasta entonces, el abandono ó la idea preconcebida de los grandes ligaba á la carreta ó á la labranza.

Instrucción primaria gratuita. — Talleyrand lo mismo que Mirabeau, no quiere la obligación, pero de acuerdo con la constitución de 1791 pide que la enseñanza primaria sea gratuita. La sociedad es deudora de la instrucción primaria ó elemental; pero no lo es de la instrucción media ó secundaria y menos aún de la superior y especial. Gratuita en su primer grado y cuando se trata de esos conocimientos elementales que constituyen para todo hombre civilizado una necesidad moral verdadera, la enseñanza no debe serlo para los jóvenes que aspiran á tener una profesión liberal porque tienen tiempo bastante para procurársela y si lo tienen es porque tienen fortuna. Sin embargo, Talleyrand admite excepciones para el talento. Por medio de la creación de becas naturales se abrirían las puertas de todas las escuelas á las inteligencias distinguidas á quienes la humildad de su condición condenará á permanecer oscuras é ignoradas si la sociedad no las socorriese tendiéndoles la mano.

Programa de la instrucción primaria. — La instrucción primaria debía comprender: los principios de la lengua nacional, las reglas elementales del cálculo, las de las medidas: los elementos de la religión, los principios de la moral, los principios de la constitución; en fin el desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales.

De los medios de instrucción. — No insistiremos en los detalles de organización de las diversas partes de lo que Talleyrand llamaba su « inmensa máquina ». Haremos notar únicamente la última parte de su trabajo donde discute cierto número de cuestiones generales, bajo el título arbitrario y poco justificado de *medios de instrucción*. Los profesores, escogidos cuidadosamente, serán nombrados por el rey. Talleyrand no quiere que sean inamovibles, pero pide que su situación se rodee de todas las garantías posibles. Premios, recompensas de todas clases estimularán á los

maestros de la juventud para redoblar su celo, para encontrar métodos nuevos. Talleyrand confía para apresurar los progresos de la instrucción en las representaciones dramáticas y con las fiestas nacionales. Digamos por último, que confía la dirección suprema de la instrucción pública á seis comisarios escogidos por el rey y encargados de hacer una memoria anual.

Educación de las mujeres. — Talleyrand, en su proyecto, no olvidó por completo á las mujeres y lo que dice es justo y sensato. Discute la cuestión de sus derechos políticos y como la tradición, como el buen sentido, concluye que la felicidad de las mujeres, que su interés, que su naturaleza y su destino propio deben prohibirles entrar en la arena política. Lo que, sobre todo, les conviene, es una educación doméstica, que recibida en la familia las prepare para vivir en ella. Como Mirabeau, quiere que la mujer sea siempre mujer. Su papel, decía el gran orador, es perpetuar la especie, vigilar solícitamente las peligrosas épocas de la niñez, « encadenar á sus pies todas las fuerzas del hombre por la potencia irresistible de la debilidad. » Sin ser tan galante en sus palabras, Talleyrand piensa de igual manera. Creía, por lo demás, necesario para responder á ciertas conveniencias que el Estado fundase casas de educación pública destinadas á reemplazar los conventos.

Este deseo corregía lo excesivo del siguiente pasaje de su proyecto de ley.

« Las niñas no podrán ser admitidas en las escuelas primarias sino hasta la edad de ocho años. Después de esa edad, la Asamblea nacional invita á los padres y á las madres á que no confíen la educación de sus hijas sino á sí propios, y les recuerda que ese es su primer deber. »

La Asamblea legislativa y Condorcet. — Entre todos los trabajos pedagógicos de la Revolución el de Condorcet es el más notable. Su *Memoria* presentada á la Asamblea legislativa á nombre de la comisión de instrucción pública, el 20 y 21 de Abril de 1792, reimpressa en 1793 por orden de la Convención, no

tuvo directamente los honores de la discusión pública; pero contenía los principios y las soluciones que se vuelven á encontrar en las deliberaciones y en las actas legislativas de sus sucesores. Durante toda la época de la Convención fué el manantial ampliamente abierto donde bebieron los legisladores de ese tiempo, los Romme, los Bouquier, los Lakanal.

Condorcet (1743-1794). — Á Condorcet se le califica admirablemente con el hecho del encargo que le hizo la Asamblea legislativa encomendándole la organización de la instrucción pública. En los primeros años de la Revolución había empleado sus ocios (no formaba parte de la Constituyente) en escribir cinco memorias sobre la instrucción que se publicaron en una recopilación periódica, la *Biblioteca del hombre público*. La memoria que presentó á la Asamblea fué algo así como el resumen de sus largas reflexiones. Condorcet puso en ella, no la imaginación imprudente de un pedagogo improvisado, sino la autoridad de un pensador competente que, si no poseía la experiencia personal de la enseñanza, había, al menos, reflexionado sobre esas materias y penetrado todas sus dificultades. Además se entregó á su obra con el ardor de un corazón entusiasta, con la gravedad convencida de un espíritu que ha llevado más lejos que otro alguno la religión del progreso y el celo del bien público.

Consideraciones generales sobre la instrucción. — Todos los revolucionarios han ensalzado la instrucción, de la que eran amantes apasionados: Condorcet es el partidario reflexivo. No la amó más que los otros, pero la comprendió mejor y expresó mejor también por qué se la debía amar.

Desde luego toma las ideas de Talleyrand y demuestra que sin la instrucción, la libertad y la igualdad sólo serían quimeras:

« Una constitución libre que no correspondiese á la instrucción universal de los ciudadanos se destruiría por sí misma después de algunas tempestades y degeneraría en una de esas formas de gobierno que no pueden conservar la paz en medio de un pueblo ignorante y corrompido. »

Anarquía ó despotismo, tal es el porvenir de los pueblos que han llegado á ser libres antes de ser ilustrados.

Condorcet quiere realizar la igualdad en cuanto sea posible, sin caer en lo quimérico de la instrucción que fuese la misma para todos y que nivelara á todos los hombres. Desea que el más pobre y el más humilde sea bastante instruido para que se pertenezca á sí mismo, para no estar á la merced del primer charlatán advenedizo y también para que pueda llenar sus deberes cívicos, para ser elector, jurado, etc.

La instrucción y la moralidad. — Instrumento de libertad y de igualdad, la instrucción, para Condorcet, es también fuente de la moralidad pública y de los progresos de la humanidad.

Una constitución libre é igualitaria sería más contraria que favorable á las buenas costumbres si no correspondía á los progresos de los conocimientos.

« La instrucción es la única que puede hacer que el principio de justicia, que establece el orden en la igualdad de los derechos, no esté en contradicción con el otro principio, que prescribe no dar á los hombres sino los derechos cuyo ejercicio no tiene peligro para la sociedad. »

Pero las razones morales son las que tornan la instrucción en condición de la virtud, aun más que los motivos políticos. Condorcet percibió con discreción que los vicios del pueblo provienen sobre todo de su impotencia intelectual:

« Estos vicios se derivan, dice, de la necesidad de escapar del fastidio en los momentos de ocio y de librarse de él, no por medio de ideas sino por sensaciones. »

Enérgicas palabras que no debían olvidar nunca los institutores y los moralizadores del pueblo. Hacer pasar las almas rudas de la vida de los sentidos á la vida intelectual, hacer agradable el estudio para que los más elevados placeres del espíritu puedan luchar ventajosamente contra la atracción del goce material, poner el libro en el lugar de la botella de vino ó de

alcohol, sustituir con la biblioteca el café, en una palabra *reemplazar la sensación por la idea*, tal es el problema fundamental de la educación popular.

La instrucción y el progreso. — Condorcet era fanático por la idea del progreso. Hasta el último soplo de su vida soñó con el progreso, con sus condiciones y con sus leyes. El medio más poderoso para apresurar el progreso consiste en instruir á los hombres, y este era el último motivo para que le fuese tan querida la instrucción.

He aquí estas magníficas palabras: « Si el perfeccionamiento indefinido de nuestra especie es, como lo creo, una ley general de la naturaleza, el hombre no debe ser mirado como un ser que está limitado á una existencia pasajera y aislada, destinado á desvanecerse después de una alternativa de felicidad y de desdichas para sí mismo, de bien y de mal para aquellos que la casualidad ha colocado cerca de él: es una parte activa del gran todo y el cooperador de una obra eterna. Con su existencia del momento colocado como está en un punto del espacio, puede por sus trabajos, abrazar todos los lugares, ligarse á todos los siglos, y obrar aún largo tiempo después de que su memoria haya desaparecido de la tierra. » Y más adelante: « Por mucho tiempo he considerado estos modos de ver como sueños que no debían realizarse sino en un porvenir indeterminado y para un mundo en el cual no existiría yo. Un acontecimiento feliz ha abierto de repente un campo inmenso á las esperanzas del género humano: un solo instante ha puesto un siglo de distancia entre el hombre de hoy y el de mañana. »

Liberalismo de Condorcet. — Erróneamente calificado como espíritu despótico y absoluto, Condorcet, al contrario, está lleno de escrúpulos y penetrado de respeto por la libertad de las opiniones individuales. En efecto distingue con cuidado la instrucción de la educación: la instrucción, es decir los conocimientos positivos y ciertos, las verdades de hecho y de cálculo; la educación, es decir las creencias políticas y religiosas. Ahora bien, si el Estado es el dispensador de la instrucción, debe, al contrario, en lo relativo á educación abstenerse y declararse incompetente. En otros términos, el Estado no debe abusar de su poder para imponer por la fuerza á los ciudadanos tal ó cual *credo* religioso, tal ó cual dogma político.

« El poder público no puede establecer un cuerpo de doctrina que deba enseñarse exclusivamente. » — « Ningún poder público debe tener autoridad ni aun crédito para impedir el desarrollo de verdades nuevas, la enseñanza de teorías contrarias á su política particular ó á sus intereses del momento. »

Cinco grados de instrucción. — Condorcet distingue cinco grados de instrucción: 1º *las escuelas primarias* propiamente dichas; 2º *las escuelas secundarias*, es decir las que llamamos hoy escuelas primarias superiores; 3º *los institutos* ó colegios de enseñanza secundaria; 4º *los liceos* ó facultades de enseñanza superior; en fin 5º *la sociedad nacional de ciencias y artes*, que corresponde á nuestro Instituto.

Deben notarse sobre todo dos puntos: desde luego Condorcet establece por la primera vez escuelas primarias superiores; pide una para cada distrito y para cada ciudad de 4,000 habitantes; después para las escuelas primarias propiamente dichas toma como base de su establecimiento y reclama una para cada 400 habitantes.

Objeto y programa de la enseñanza primaria. — Condorcet definió admirablemente el objeto de la enseñanza primaria:

« En las escuelas primarias se enseña lo que es necesario para cada individuo, lo que necesita para conducirse á sí mismo y para disfrutar de la plenitud de sus derechos. »

El programa comprendía la lectura, la escritura, algunas nociones gramaticales, las reglas de aritmética, métodos simples para medir con exactitud un terreno, un edificio; una descripción elemental de las producciones del país, de los procedimientos de la agricultura y de las artes; el desarrollo de las primeras ideas morales y de las reglas de conducta que de ellas se derivan; por último, las de los principios del orden social que puedan ponerse al alcance de la niñez.

Idea de los cursos para adultos. — Condorcet se preocupaba por la necesidad de continuar la instrucción del obrero, del paisano, después de su salida del colegio:

« Hemos hecho observar, dice, que la instrucción no debía abandonar á los individuos en el momento en que salen de las escuelas; que debía abrazar todas las edades; que no hay ninguna en la que no sea útil y posible aprender, y que esta segunda instrucción es tanto más necesaria, cuanto que la de la niñez ha sido circunscripta á más estrechos límites. Esto es también una de las principales causas de la ignorancia en que están hoy sumidas las clases pobres de la sociedad; les ha faltado ménos la posibilidad de recibir la primera instrucción que la de conservar sus ventajas. »

Por tanto, proponía Condorcet, si no cursos para adultos, alguna cosa que se parece mucho, conferencias hebdomadarias, profesadas los domingos por los institutores de las poblaciones, algo así como sermones laicos.

« Cada domingo, el institutor dará una conferencia pública á la que asistirán los ciudadanos de toda edad; en esta institución hemos visto el medio de dar á los jóvenes conocimientos necesarios y que sin embargo no han formado parte de su primera educación. »

Educación profesional y técnica. — Condorcet tampoco cree que ya no se le deba nada al pueblo cuando se ha emancipado su espíritu. Se preocupa también y mucho, por dar á los hijos de los paisanos y de los obreros los medios de luchar contra la miseria, esparciendo más y más en las clases del pueblo el conocimiento técnico de las artes y de los oficios. Debe contársele entre los adeptos de la instrucción profesional, de la educación industrial. Pide que se coloquen en las escuelas « modelos de máquinas y de útiles » y, en todos los grados de instrucción recomienda con una solicitud particular la enseñanza de las artes prácticamente.

Creemos hoy hacer algo nuevo cuando establecemos museos escolares. « Cada escuela, dice Condorcet, tendrá una pequeña biblioteca, un gabinetito donde se colocarán algunos instrumentos meteorológicos ó algunos objetos de historia natural. »

Educación de la mujer. — Puede considerarse á Condorcet como uno de los más ardientes apóstoles de la educación de la mujer. Quiere la comunidad, la igualdad de la educación. Evidentemente se equivoca

cuando sueña la perfecta identidad en la instrucción de los dos sexos, cuando olvida el destino particular de la mujer y el carácter especial de su educación. Pero hemos encontrado tantos pedagogos dispuestos á despreciar las cualidades femeninas, que se considera una fortuna oír por fin una voz que las elogia, aunque sea exageradamente.

Retengamos, por lo demás, las excelentes razones que da en apoyo de su tesis sobre la igualdad de la educación. Es preciso que las mujeres sean instruidas: 1º para que puedan educar á sus hijos, de quienes son naturales institutrices; 2º para que sean las dignas compañeras, las iguales de sus maridos; para que puedan interesarse en sus trabajos, tomar parte en sus preocupaciones, vivir de su vida: la felicidad conyugal se compra á ese precio; 3º por otra razón análoga es también necesario: para que no apaguen con su ignorancia, la llama del corazón y del espíritu que los estudios anteriores han desarrollado en sus maridos, para que la alimenten con la comunidad de las conversaciones y de las lecturas; 4º y por último, porque es justo, porque los dos sexos tienen igual derecho á la instrucción.

Reservas que deben hacerse. — No todo es igualmente digno de elogio en la obra de Condorcet. Algunos defectos y varias lagunas deslucen ese trozo hermosísimo de pedagogía política.

Los defectos consisten desde luego en la exageración en las ideas de libertad y de igualdad. Los entusiasmos de Condorcet por la libertad terminan en su plan pedagógico con un grave error: en la idea de hacer del cuerpo que enseña una especie de Estado dentro del Estado, una potencia independiente, un cuarto poder, emancipado de toda autoridad exterior, gobernándose y administrándose por sí mismo y en el que no interviene el Estado sino como cajero para pagar servicios que ni reglamenta ni vigila. El mismo Daunou, tan liberal, criticó en este punto, á la vez que lo explicaba, el sistema de nuestro autor (1):

(1) Véase el *Informe* de Daunou presentado á la Convención nacional el 27 Vendimiario, año IV.

« Condorcet, decía, el enemigo de las corporaciones, consagraba una en su proyecto de instrucción nacional; en cierto modo instituyó una iglesia académica; porque Condorcet, el enemigo de los reyes, quería agregar á la balanza de los poderes públicos un contrapeso más al poder real, cuya existencia monstruosa, en medio de una constitución libre, estaba suficientemente contrarrestada por las alarmas de todos los amigos de la libertad. »

La pasión por la libertad condujo á Condorcet á otra quimera : la de la enseñanza gratuita en todos sus grados.

Por último, en sus sueños de perfectibilidad indefinida, Condorcet se deja llevar hasta imaginar y esperar para el hombre, resultados verdaderamente irrealizables producidos por la instrucción. Según él, la instrucción debía ser bastante completa « para hacer desaparecer toda desigualdad que traiga consigo la dependencia. »

Preocupaciones de matemático. — Condorcet se extravió, bajo otro punto de vista, debido á su predilección por las matemáticas. Olvidó más de lo debido que pertenecía á la Academia francesa, para obedecer sólo á sus tendencias algo exclusivistas de matemático y de miembro de la Academia de las ciencias. Por una reacción, por lo demás natural, contra los eternos siglos en que se había abusado de la cultura literaria, Condorcet se precipita á deprimir la influencia de las letras en la educación y á conceder á las ciencias el lugar de honor. Las razones que invoca para justificar su preferencia no son del todo concluyentes.

Lagunas. — La idea de la instrucción obligatoria aun está ausente en el proyecto que examinamos. Sorprende el que Condorcet, que ha proclamado con tanta claridad la necesidad de una instrucción universal, no haya pensado en imponer la obligación de la escuela, que es el único medio de establecerla. Esto se debe á que los primeros revolucionarios, en el fuego de su entusiasmo, no sospechaban las resistencias que se opondrían al cumplimiento de sus ideas, ya fueran la indiferencia de la mayoría, ya las preocupaciones de los que, como dice con elocuencia Condorcet, « creen obedecer á Dios, traicionando á la

patria. » Les parecía que una vez encendidos los focos luminosos sobre toda la superficie del territorio, se apresurarían los ciudadanos á acudir á ellos, impulsados por una atracción natural espontáneamente ávidos de esclarecerse. Se equivocaban. Estas esperanzas algo cándidas, debían ser contradichas por los hechos; y para triunfar de la abstención de los unos, de la resistencia de los otros, la Convención, colmando una de las lagunas del proyecto de Condorcet, decretó varias veces la instrucción « imperativa y forzada, » como se decía en aquel entonces.

En un punto quedó también Condorcet inferior á sus sucesores : no trata en su memoria de la organización de las escuelas normales. En esta grave y fundamental cuestión de la educación del personal que enseña, Condorcet se conformó con un expediente provisorio consistente en confiar á los profesores del grado inmediatamente superior el cuidado de preparar á los maestros del grado inferior.

Juicio final. — Pero una vez establecidas esas reservas, lo que queda es digno de alabanza en el trabajo de Condorcet. Hemos hecho valer sus ideas elevadas y nuevas. Debe ser elogiado igualmente su bello y severo orden, su estilo magistral. La frase de Condorcet es sistemática en su amplitud; la expresión es clara y vigorosa. Sin duda que hay algo de frialdad y de monotonía en ese estilo lapidario. Pero en determinados momentos estalla la pasión. El hombre á quien comparaban sus contemporáneos á « un carnero rabioso » ó á « un volcán cubierto de nieve » se pinta al natural en sus escritos. Su Informe es como una bella y correcta estatua de mármol fría al tacto, pero en la cual sentiría la mano en algunos sitios palpar una vena caliente y viva.